

# El Padre Pío

## PRESENTACION

En la vida del P. Pío encontramos manifestaciones tan excepcionales, que podríamos llamar únicas, dirigidas a reanudar las relaciones entre Dios y el pecador.

Un milagro inesperado, el don de bilocación de este religioso, el conocer todos los pecados de uno, la presencia de los estigmas del Señor en su cuerpo y, sobre todo, su abismarse en Dios durante la Celebración Eucarística, hicieron del P. Pío un instrumento extraordinario de la manifestación divina en la historia del hombre.

El hecho de que estos acontecimientos son relativamente recientes, tienen más importancia para demostrar a los religiosamente apáticos, a los que se declaran ateos o a los enemigos de la Iglesia católica que Dios existe y actúa entre nosotros.

La vida del P. Pío, no obstante su forma sintética en su presentación, es un tratado de apologética para los objetores de la religión, y un instrumento eficaz de evangelización.

### MUERE UN SANTO

El 22 de septiembre de 1968 a las 2:30 hrs. de la madrugada cesaba de vivir para este mundo el P. Pío de Pietrelcina. La noticia se difundió por todo el mundo. Durante las siguientes 107 horas ininterrumpidas pasaron ante el féretro, decenas y decenas de miles de personas llegadas a San Giovanni Rotondo (Italia) desde Canadá, Estados Unidos, Brasil, Argentina y de toda Europa, para tocarlo por última vez y entregarle unos recados para el cielo.

Veinticuatro sacerdotes concelebraron con el P. General de la Orden de los Franciscanos Capuchinos. Después de la homilía fúnebre, fue leído el mensaje de condolencia del Papa Paulo VI.

Ahora bien, ¿quién era este fraile que sacudió tan fuertemente la opinión pública del mundo?

Era un escogido por Dios para manifestar a la humanidad, a través de signos y milagros extraordinarios, el amor que el Señor tiene a los hombres, especialmente a los pecadores en orden a su salvación.

Llevó durante cincuenta años las llagas de Cristo crucificado en su cuerpo, tuvo el don de bilocación, leía las conciencias, anunciaba el futuro...

Fue un hombre extraordinario bajo muchos puntos de vista, un auténtico hombre de Dios, un signo de su infinito amor.

### Algunas fechas

Nació en Pietrelcina, Provincia de Benevento (Italia), el 25 de mayo de 1887. Hijo de Orazio Forgione y de María Josefina Di Nunzio, campesinos. Su nombre de pila fue Francisco. Creció como todo niño bueno y lleno de fe. A los quince años decidió entrar al convento de los franciscanos capuchinos. Le costó fatiga superar la oposición de sus parientes. Para eso le ayudó una visión que tuvo de un hombre majestuoso y de rara belleza, resplandeciente como el sol. Este lo tomó de la mano y lo llevó a luchar contra un hombre extraordinariamente grande y con el rostro negro y horroroso. La lucha fue terrible, pero con la ayuda del personaje luminoso, derrotó al enemigo.

Cristo era ese personaje lleno de luz. El le puso en la cabeza una corona preciosísima diciéndole: "el demonio volverá al asalto... tú no dudes de mi auxilio... Yo estaré siempre cerca de ti".

**EL DEMONIO LO ASUSTA.** El 16 de enero de 1903, Francisco entró al noviciado

de Morcone, donde el 22 de enero tomó el hábito de capuchino, asumiendo el nombre de "Fray Pío de Pietrelcina". El 22 de enero de 1904, teniendo exactamente un año de noviciado, Fray Pío profesó mediante los votos de pobreza, castidad y obediencia.

Después del noviciado, lo mandaron al convento de San Elías de Pennisi, donde estuvo hasta el mes de octubre de 1905, continuando sus estudios de humanidades.

Aquí experimentó el primer y furioso ataque del demonio que se le presentó en forma de un gran perro negro y furioso, desprendiendo llamas de fuego de sus ojos, narices y boca. Sucedió que una noche empezó a escuchar un terrible ruido desde la celda de Fray Atanasio. Se asomó a la ventana para ver lo que estaba sucediendo. Al abrirla, casi se moría de susto al ver en su misma ventana un enorme perro negro y feroz. Fray Pío, asustado, lanzó un fuerte grito. El monstruo dio un salto en el techo que estaba frente a la celda y desapareció. Fue el inicio de noches de lucha con el demonio. Cuando después de las Completas se retiraba a su celda para descansar, encontraba todo tirado. Muchas veces en las mañanas se le veían los ojos y el rostro llenos de moretones.

La salud era otro problema que no encontraba explicación. Frecuentemente le asaltaban fiebres altísimas que hacían estallar los termómetros. Un día el hermano enfermero le puso el termómetro de la tina de baño: el mercurio subió a los 48 grados.

**EL DON DE BILOCACION.** También en este convento, Fray Pío experimentó por primera vez el fenómeno de la bilocación. La noche del 18 de enero de 1905, mientras se encontraba en el coro, recogido en profunda oración, se sintió trasladado a una casa señorial de la ciudad de Udine, donde estaba muriéndose un hombre y naciendo una niña.

El caso curioso fue narrado por el mismo religioso que, por obediencia lo puso por escrito y, después de muchos años, por la joven que entonces había nacido.

"Hace días -escribe Fray Pío- me pasó algo insospechado: Mientras me encontraba en el coro con Fray Atanasio, eran como las 23 horas del 18 de este mes cuando me encontré en una casa señorial donde moría un papá mientras nacía una niña. Se me apareció entonces la Santísima Virgen que me dijo: 'Te confío esta criatura, es una piedra preciosa en su estado bruto. Trabájala, límpiala, hazla lo más brillante posible, porque un día quiero usarla para adornarme... Le contesté a la Virgen: ¿Cómo podría ser posible, si yo soy todavía un estudiante y no sé si un día podré tener la suerte y la alegría de ser sacerdote? y aunque llegue a ser sacerdote, ¿cómo podré ocuparme de esta niña, viviendo yo tan lejos de aquí? La Virgen me respondió: 'No dudes. Será ella quien irá a buscarte, pero antes la encontrarás en la Basílica de San Pedro en Roma'. Después de esto... me encontré otra vez en el coro'.

Este escrito quedó guardado con mucho cuidado por el director espiritual del P. Pío, el P. Agustín de San Marco en Lamis. La niña de la que se habla en el escrito se llama Giovanna Rizzani. Su papá estaba inscrito en la Masonería. Durante su última enfermedad, su lujosa residencia fue rigurosamente vigilada día y noche por los masones, situada en la calle Tiberio de Ciani No. 33 de la ciudad italiana de Udine. Esto, para impedir el paso de cualquier sacerdote.

Horas antes de morir, su esposa Leonilde -que era muy religiosa estaba cerca del lecho del moribundo recogida en oración y lágrimas. De repente vio salir de la recámara y alejarse por el pasillo a un fraile capuchino. Se levantó en seguida, lo llamó y lo siguió mientras el fraile desaparecía.

La señora estaba extremadamente angustiada pensando en su esposo que se moría sin los auxilios religiosos. En aquél momento, oyó gemir al perro que estaba amarrado en el jardín de la casa, como si el animal percibiera la muerte ya próxima del amo.

La señora, no aguantando el gemido del perro, fue a soltarlo. En esos momentos sintió los dolores del parto y allí mismo dio a luz a una niña. El administrador de la casa corrió para ayudarlo. De lejos vieron la escena los dos masones que vigilaban la entrada y también el párroco que quería entrar a la casa para auxiliar al moribundo.

El administrador, después de que ayudó a la señora a alcanzar la recámara, bajó indignado contra los masones que impedían el paso al sacerdote y les gritó: "dejen entrar al padre. Ustedes pueden impedirle que asista al moribundo, pero no tienen derecho a impedirle que vaya a bautizar a la niña que acaba de nacer prematuramente".

Fue así como se dejó pasar al sacerdote, que además de bautizar a la niña, administró los últimos sacramentos al moribundo arrepentido.

A la muerte del señor Juan Bautista Rizzani, la joven viuda se trasladó a Roma con sus papás. Allí, la pequeña Giovanna creció educada cristianamente.

### **ENCUENTRO EN LA BASILICA DE SAN PEDRO**

Estaba terminando los estudios, cuando Giovanna empezó a tener dudas sobre la fe. Una tarde del verano de 1922, acompañada por una amiga, fue a la Basílica de San Pedro en busca de un confesor. Al entrar le avisaron que faltaba media hora para cerrar las puertas y que ya no había ningún sacerdote. No obstante, entraron y vieron en un confesionario a un joven sacerdote capuchino. Se le acercó la muchacha y le dijo: "Padre, no he venido a confesarme sino para que se me aclaren algunas dudas que me atormentan. Me turba, sobre todo, el misterio de la Santísima Trinidad", El padre, con sencillas palabras, comenzó a disipar las dudas: "Hija, ¿quién puede comprender y explicar los misterios de Dios? Se llaman misterios precisamente porque no pueden ser comprendidos por nuestra pequeña inteligencia. Podemos formarnos alguna idea con ejemplos. ¿Has visto alguna vez preparar la masa para hacer el pan? ¿Qué hace el panadero? Toma la harina, la levadura y el agua. Son tres elementos distintos: la harina no es la levadura ni el agua; la levadura no es la harina ni el agua y el agua no es la harina ni la levadura. Se mezclan los tres elementos y se forma una sola sustancia. Por lo tanto, tres elementos distintos forman unidos una sola sustancia. Con esta masa se hacen tres panes que tienen la misma sustancia pero distintos en la forma el uno del otro. Eso es, tres panes distintos el uno del otro pero una única sustancia.

Así se dice de Dios: El es uno en la Naturaleza, Trino en las personas iguales y distintas la una de la otra. El Padre no es el Hijo ni el Espíritu Santo; el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Son tres personas iguales pero distintas. Sin embargo, son un solo Dios porque única e idéntica es la naturaleza de Dios".

Terminada la explicación. Giovanna sintió una paz indecible en el alma. Luego se acercó a su amiga y, respirando hondamente dijo: "¡Qué bueno es este fraile! Es un sacerdote culto y santo, me ha disipado toda duda... Esperémoslo a que salga para pedirle su dirección y así ir a verlo cuando lo necesitemos".

El padre no salía del confesionario. Mientras las muchachas estaban allí esperando, se le acercó un sacristán diciéndoles: "Señoritas, les ruego que salgan porque es hora de cerrar las puertas. Vengan mañana a confesarse". Giovanna contestó: "En el confesionario está un Padre capuchino y lo estamos esperando para besarle la mano". El sacristán, un tanto sorprendido, fue a abrir el confesionario para invitar al Padre a salir pero no encontró a nadie. Giovanna sumamente sorprendida, se preguntó: "¿Por dónde habrá salido si hemos estado aquí sin movernos y no lo hemos visto salir? ¡Esto es un misterio!"

**Encuentro en San Giovanni Rotondo.** El siguiente año, durante las vacaciones del verano, la joven universitaria Giovanna Rizzani fue con su tía a San Giovanni Rotondo

donde vivía el P. Pío y donde iba mucha gente para confesarse con él. Cuando llegaron, tuvieron la suerte de quedar cerca de donde iba a pasar el venerado padre. Llegó el momento en el cual el P. Pío del convento iba al confesionario. Cuando pasó cerca de Giovanna se detuvo y le dijo: "Giovanna, yo te conozco. Tu naciste el mismo día en que murió tu papá". La señorita quedó sorprendida y se preguntaba cómo esto fuera posible.

Al día siguiente fue a confesarse. Después de haberle dado la absolución, el P. Pío le dijo: "Hija mía, ¡finalmente viniste! ¡Desde hace años te estoy esperando!" La muchacha le contestó inmediatamente: "Padre, ¿qué quiere de mí? Yo no le conozco. Es la primera vez que vengo a San Giovanni Rotondo, vine a acompañar a mi tía. Quizá me esté confundiendo con otra". El P. Pío le contestó: "No te he confundido con nadie. El año pasado, en una tarde de verano, fuiste con una amiga a la Basílica de San Pedro en busca de un sacerdote para que te aclarara tantas dudas, ¿no es verdad? Se presentó un padre capuchino que aclaró tus dudas y te llenaste de paz. ¿Recuerdas?" Giovanna le contestó: "Sí Padre, lo recuerdo muy bien". El P. Pío le dijo: "Aquel capuchino era yo".

Luego continuó narrándole las circunstancias de su nacimiento y la consigna que le había dado la Virgen para que cuidara "aquella perla".

Giovanna, llena de indecible emoción, se soltó en llanto y concluyó: "Padre, estoy en sus manos para que, se cumplan en mí los designios de Dios".

#### **ORDENACION SACERDOTAL**

El 1 de agosto de 1910, fray Pío fue ordenado sacerdote en la catedral de Benevento por el arzobispo de Marcianopoli, Mons. Paolo Schinosi.

En aquéllos días escribió: *"Mi corazón se desborda de alegría y se siente siempre más fuerte para afrontar todo tipo de aflicción"*.

Su precaria salud y los asaltos nocturnos del demonio eran causa de sufrimiento y también de intensificación de la oración.

En su pueblo de origen, Pietrelcina, donde pasó los primeros años de sacerdocio, por sentirse mejor de salud, transcurrían los días en prolongadas oraciones y meditaciones, en visitar a los enfermos, en enseñar el catecismo a los niños y en instruir a los adultos.

Durante la celebración de la santa Misa, perdía el control del tiempo. La gente comentaba: el P. Pío es un santo; pero sus misas no terminan nunca.

El párroco, entonces, le advirtió que no se tardara tanto. Pero, no obstante la buena disposición, el P. Pío no lograba controlarse y, se le iban las horas. Entonces el párroco le dijo: cuando note que te quedes allí abstracto sin proceder, yo te avisaré mentalmente para que prosigas de inmediato. El sistema funcionó y las Misas del P. Pío no fueron tan largas como antes. Esta obediencia no dejó decepcionado al joven sacerdote, quien sabía recuperar después su tiempo de contemplación. Terminada la Misa, se retiraba atrás del altar mayor, y allí se pasaba las horas. A veces el sacristán cerraba la iglesia al medio día, dejando al padre en oración. Un día lo encontró allí, tirado al suelo como muerto. Asustado fue a llamar al párroco diciéndole que el P. Pío se había muerto. El párroco se le acercó y le ordenó por santa obediencia que se levantara. En seguida abrió los ojos y luego se levantó lentamente.

#### **MISTERIOSA ENFERMEDAD**

La salud es el punto crítico de fray Pío. Un día el P. Guardián del convento dijo a su madre: "Doña Josefa, su hijo es muy bueno, no le encontramos defecto alguno. El único problema es la salud".

Fiebres altísimas, que hacían estallar los termómetros, y vómitos obligaban al

religioso estudiante a guardar cama durante muchos días.

En verano de 1911, el P. Pío se alimentó durante veintiún días, solamente de la Comunión. Un día el director espiritual quiso privarlo de la Eucaristía para ver si ésta realmente le ayudaba también físicamente. Vieron entonces que casi se moría, y no se volvió a repetir más el experimento.

### **OBEDECE COMO UN NIÑO**

Queriéndole ayudar, el párroco le exigía obediencia en todo, hasta en leer sus cartas de sus superiores antes que él.

El P. Pío le obedecía como un niño a su padre. Un día le llevó una carta de su padre espiritual. Al abrirla se dio cuenta de que tenía una simple hoja blanca. Habrá habido un error al cerrarla, comentó el párroco. No, no hubo error, contestó el P. Pío: fueron aquellos feos señores que me han querido engañar. Entonces, le dijo el párroco: ¿tú sabes lo que te escribió? Si, lo sé, contestó el P. Pío. Y empezó a decirle todo lo que el director espiritual le había escrito.

El caso pareció increíble al párroco, quien quiso personalmente escribir al remitente de la carta para conocer la verdad.

Grande fue su sorpresa al recibir contestación completamente conforme a todo lo que el P. Pío le había dicho.

En otra ocasión, al abrir al párroco la carta, la encontró toda cubierta de una gran mancha. Indignado, tomó el agua bendita y roció la carta. La mancha se aclaró de tal manera que pudo leerse cuanto estaba escrito.

Durante el verano pasaba muchas horas bajo un olmo, que estaba en la hacienda de sus padres. Allí rezaba la liturgia de las horas y se recogía en meditación prolongada. A los pies de este árbol, él mismo construyó una choza de paja para sentirse más retirado y dedicarse a la contemplación. Su madre, respetuosa de su recogimiento, lo dejaba solo y lo llamaba a la hora de los alimentos.

### **LOS ESTIGMAS**

Un día, el 20 de septiembre de 1915, doña Josefa llamó a su hijo: ¡Padre Pío! ¡Padre Pío! Después de unos momentos, su hijo salió de la cabaña agitando las manos, como si se las hubiera quemado.

Su madre, de carácter siempre alegre, se sonrió y le dijo: "¿Qué traes ahora que vienes tocando la guitarra con las dos manos?"

No es nada, contestó el P. Pío, dolores insignificantes. En realidad, el P. Pío acababa de recibir los estigmas invisibles. Ya antes había sentido dolores en los pies y en las manos.

En 1912 los dolores se extendieron al corazón. En una carta de aquel tiempo, así escribía: "El corazón, las manos y los pies me parecen estar traspasados por una espada".

El 10 de octubre de 1915 comunicó a su director espiritual, P. Agustín, haber recibido los estigmas invisibles, sintiendo, especialmente en algunos días "agudísimo dolor".

### **SUFRIMIENTOS y CONSOLACIONES**

Aunque en Pietrelcina el P. Pío se sentía mejor que en cualquiera otra parte, no obstante, no le faltaron pruebas durísimas. Sus diálogos íntimos y suaves con el Señor, eran alternados por vejaciones diabólicas.

Después de un año de permanecer en su pueblo natal, el P. Pío fue invitado, junto con otros sacerdotes recién ordenados, a un curso de sagrada elocuencia, que se daba en el convento de Venafro.

Allí el P. Pío no pudo estudiar mucho porque se enfermó gravemente. El superior del convento lo acompañó a Nápoles con un afamado especialista, quien como los demás médicos que le habían atendido antes, no entendió nada. Para todos, la enfermedad del P. Pío era un misterio.

Durante su breve permanencia en este convento, el P. Pío sufrió muchos ataques del Demonio, que se le presentaba en las noches en formas diferentes; a veces tentándole lujuriosamente y otras, asustándole con sus semblantes horribles.

Las vejaciones duraban un cuarto de hora y al término de ellas, seguían las apariciones de Jesús, la Virgen, el Ángel de la Guarda, San Francisco de Asís, y de otros santos que le consolaban. Estas apariciones duraban unas dos horas.

El P. Pío regresó a Pietrelcina, donde se sentía mejorado en la salud. Allí estuvo siete años.

Después de tanto tiempo, la obediencia le ordenó que regresara al convento.

Partió para la Ciudad de Foggia el 17 de febrero de 1916 y se dirigió al Convento de Santa Ana. Aquí volvieron las fiebres altísimas, los vómitos y la inapetencia. El médico del convento le ordenó una segregación absoluta. Luego se recurrió a otro médico de gran prestigio, quien dijo que se trataba de un morbo especial, que aparecía y desaparecía espontáneamente.

A la complicada enfermedad del P. Pío, se añadieron las manifestaciones espantosas del maligno. Se diría que con su llegada a este convento había llegado el Demonio.

Cada noche lo visitaba, provocando explosiones y ruidos tan fuertes que atemorizaban a todos los frailes que no sabían encontrar una explicación. Un día el P. Pío le contó al superior cómo el demonio producía esas explosiones: el Demonio me tienta con toda su fuerza, llegando a una auténtica riña. Pero, por gracia de Dios, yo salgo siempre ganando.

El demonio se retira lleno de rabia y haciendo todo ese ruido.

Después de cada explosión, que indicaba el final de la lucha, el P. Pío quedaba en un mar de sudor.

Una noche en que era huésped del convento Mons. Andrés D' Agostino, obispo de Ariano Irpino, y que no quería creer en esas manifestaciones del Demonio, cuando escuchó con sus propios oídos aquellas explosiones y rumores, tuvo tanto miedo que quiso escaparse. Como era avanzada la noche, se quedó, pero pidiendo que un fraile le acompañara en su recámara toda la noche.

Al mismo tiempo que sufría tantas vejaciones por parte del Demonio, el P. Pío experimentaba también mucha consolación en su apostolado. Desde que llegó allí, el convento fue centro de peregrinación de personas que venían a pedir una dirección espiritual al extraordinario y piadoso franciscano.

### **CON EL UNIFORME DE MILITAR**

En 1914 estalla la Primera Guerra Mundial. Italia está comprometida hasta el último hombre, que de algún modo pueda dar una aportación a la causa de la defensa nacional.

El P. Pío tiene 27 años, y, a pesar de su precaria salud, debe hacer su servicio militar.

Ya podemos imaginar lo que significa para él quitarse el hábito de San Francisco y vestir el uniforme, además de convivir con gente grosera, viciosa y sin escrúpulos.

Acostumbrado a la oración, al silencio, a la privación en su humilde celda, ahora debe aguantar toda clase de vocabulario, blasfemias y comportamientos deshonestos. A los ojos maliciosos de la mayoría, él aparecía ingenuo y objeto de burla para los demás. Lo destinan

a los servicios más humildes y pesados del cuartel. El soldado Francisco Forgione sufre todo en silencio y medita cómo salvar al mundo de la esclavitud del pecado en que está sumergido.

Nadie imagina cuánto le hacen sufrir aquellas blasfemias y comportamientos anticristianos. También es posible sospechar el dolor que le provocan los trabajos pesados a causa de sus misteriosas e invisibles estigmas.

En todas sus cartas de aquella época encontramos expresiones de desprecio para la vida terrenal y de deseo para la patria celestial. Como San Pablo, desea "partir y estar con Cristo". (Fi1 1, 2.3) "Porque, escribe comentando esta frase, nadie puede imaginar lo que sufren ciertas almas viéndose obligadas a estar en esta tierra de exilio. No podemos ni sospechar lo que quiere decir satisfacer las necesidades más elementales de esta vida, como son el comer, beber, dormir. Si Dios, por su infinita misericordia, no les ayudara, su tormento sería tan cruel, que yo lo compararía al sufrimiento de los mártires quemados vivos". Estas expresiones nos dan una idea de lo que sufría el soldado Forgione, que desde hace años casi no duerme ni come, y que ahora está obligado a compartir con militares sin escrúpulos, dormitorios, comidas y trabajos.

"Si supiera al menos que sirvo para algo quedándome aquí en la tierra, me resignaría a llevar el peso de esta vida. Pero yo no hago nada de bueno, no cumplo con mi ministerio sacerdotal y rindo estéril la gracia que me fue dada mediante la imposición de manos de parte del Obispo en mi ordenación sacerdotal".

No obstante tanto tormento, el P. Pío hace marcha atrás y se somete a la voluntad de Dios Padre. He aquí como continúa:

"Como un hijo tiernamente aficionado a su padre, se somete generosamente a todas las humillaciones y cumple con los servicios más humillantes que el padre le quiera imponer, así... El P. Pío acepta la voluntad de Dios, sin esconder que le cuesta mucho: "No obstante que este buen hijo se somete a todas las pruebas por el amor que siente por su padre, no cesa de sentir el peso de sus sacrificios".

Después de tanto sufrir, Dios le da una tregua. El P. Pío se enferma. Las fiebres eran tan altas que hacen estallar los termómetros. No hay tratamiento que lo alivie. Los médicos militares no logran entender nada. Es mejor devolverlo a su casa por un tiempo.

El soldado Francisco Forgione llega al convento de San Juan Rotondo y vuelve a vestir el hábito de San Francisco.

### **DECLARADO DESERTOR**

Después de seis meses, el P. Pío es declarado desertor de guerra por las autoridades militares y empieza la búsqueda. El brigadier de los carabineros de Pietrelcina recibe órdenes de detener y llevar al cuartel al soldado Francisco Forgione.

El oficial busca por todas partes, pregunta a todo mundo, pero nadie sabe decirle dónde vive un tal Francisco Forgione, soldado de la infantería real y desertor. Todos conocen al P. Pío; pero desde que él se hizo capuchino, olvidaron su nombre y apellido propio.

Desilusionado, el oficial telegrafía al Alto Mando de Nápoles diciendo que sus investigaciones no han surtido efecto.

Después de algún tiempo, llega otra orden: "Intensificar la pesquisa".

Humillado y molesto por la insistencia, el oficial vuelve otra vez a las calles a preguntar sobre la identidad del desertor. Un día da con la hermana del P. Pío y le dice:

- "Doña Felicia, ¿conoce usted a un tal Francisco Forgione?"

- "Claro que sí: ¡Es mi hermano!, le contesta aquélla. - "¿Cómo, su hermano? ¿Es el P. Pío?" exclama el oficial desconcertado. El conoce muy bien al capuchino. Pero nunca imaginó que aquél, fuese el mismo soldado desertor a quien buscaba.

Enterado de la dirección del P. Pío, escribe a su colega de San Giovanni Rotondo para que envíe cuanto antes a Nápoles al soldado Francisco Forgione. Pero por un olvido providencial, no precisa su nombre religioso. Así que, después de unos 15 días, recibe de su colega una respuesta que dice que el tal Francisco Forgione es completamente desconocido en San Giovanni Rotondo.

- "¿Cómo desconocido? -estalla el oficial de Pietrelcina ¡Si me lo reveló su propia hermana! y de nuevo a investigar por toda la población, pero en san Juan Rotondo no se conoce a nadie que se apellide Forgione.

El Alto Mando de Nápoles vuelve a ordenar una investigación sin cuartel hasta dar con el desertor.

Estando así las cosas, un día el brigadier de los carabinieri de San Giovanni Rotondo quiere tomarse el gusto de poder decir que no había dejado una sola puerta sin tocar.

Va, por tanto, al convento de los capuchinos y pregunta al hermano portero si conoce a alguien en el pueblo que se llame Francisco Forgione.

- "¡Claro que sí! -le contesta ¡Es el P. Pío!" Poco falta para que el oficial caiga desmayado. - "¿Cómo es posible que este santo varón de Dios sea un desertor?"

Pero no queda otra cosa que avisar al P. Pío del problema en que se encuentra.

Sin perturbarse en lo más mínimo, el P. Pío toma el tren y va rápido a Nápoles. Apenas llegado, el capitán de turno le dice en tono amenazador:

- "Soldado Forgione, ¿sabes que fuiste declarado desde hace bastante tiempo desertor?"

- "No, yo no soy desertor", contesta el P. Pío sin turbarse siquiera.

"He aquí mis documentos en orden".

El capitán los toma y lee: "Permiso por seis meses, luego esperar órdenes".

- "Yo he obedecido, esperando órdenes. -dijo el P. Pío. Exactamente ayer me ordenaron presentarme; por eso estoy aquí".

- "¡Está bien! -concluye el capitán tienes razón". Los médicos militares revisan al infante Forgione y lo encuentran tan mal de salud que lo declaran inhábil para el servicio militar.

### **Salva al Generalísimo**

Nadie puede comprender lo que es una guerra, si no la ha experimentado. Diariamente se registran miles de heridos y muertos entre los militares y los civiles. Los bombardeos están a la orden del día. A esto hay que añadir la carestía de los medios indispensables para la vida y para contrarrestar las epidemias.

La situación se agrava más todavía cuando la guerra empieza a tomar los colores tristes y, a veces, desesperantes de la derrota.

Los ejércitos italianos se repliegan día con día, dejando el suelo patrio bajo el paso del enemigo. Se llega así a la movilización general. El generalísimo Luis Cardorna pierde el control de sus nervios y recurre al suicidio.

Una noche entra en su tienda, después de haber dado órdenes a los centinelas de no dejar pasar a nadie. Toma su revólver para quitarse la vida; pero, inesperadamente, entra un fraile capuchino que le mira fijamente y, levantando un dedo en actitud de desaprobación, le dice: "Vamos, mi general, usted no puede hacer esa tontería".

Sorprendido, el general guarda la pistola y luego sale fuera para reprender a los

centinelas. Estos juran y perjuran no haber permitido la entrada a nadie. El general regresa dentro y no encuentra al religioso. Asombrado por la visión, se pregunta qué es lo que le está pasando. El cuestionamiento le tranquiliza y cambia de su primigenia idea.

Terminada la guerra con el triunfo de los italianos, el general Cardorna quiso ir al fondo de aquella visión. Por aquellos días los periódicos hablaban de un capuchino que tenía los estigmas y el don de bilocación.

Un día, vestido de civil, el general Cardorna llega a San Giovanni Rotondo para ver si aquel fraile había sido quien le salvara la vida en un momento de desesperación.

En aquella época el P. Pío estaba estrictamente controlado por los médicos y era imposible hablar con él.

El general insistió: "Permítanme verlo solamente". El superior del convento asintió, pidiéndole que se quedara en un rincón del pasillo, por donde iba a pasar el P. Pío en unión de los demás frailes cuando fueran a la iglesia a orar.

Al pasar cerca, el P. Pío, le sonrió levantando el dedo como entonces, y le dijo: - "¡Le salió bien, mi general!", y sin detenerse continuó caminando hacia la iglesia.

### **LOS ESTIGMAS SE HACEN VISIBLES**

Como ya hemos dicho, el P. Pío había recibido los estigmas del Señor en su cuerpo sin que estas se vieran externamente. El sufría el dolor, pero nadie se daba cuenta.

Un día en que estaba en el coro con los demás religiosos, después de que terminó el rezo de las Horas Litúrgicas, todos se retiraron, quedando solamente el P. Pío recogido en su oración personal y junto a él, el P. Arcángel. Al toque de la campanita para la comunidad, los dos se levantan. Las manos del P. Pío están sangrando. El P. Arcángel preocupado, le pregunta: "¿Se ha herido?"

¡Ocúpese de sus cosas!" respondió el P. Pío con tono brusco.

Con paso incierto y con el rostro pálido se fue a presentar al P. Superior, quien al verlo quedó petrificado.

Además de las manos y los pies, también el costado sangraba abundantemente. Lo raro también era que la sangre no coagulaba y, además, emanaba un agradable perfume.

El Superior enseguida pone al tanto al P. Provincial. Como es de imaginar, la noticia no duró mucho tiempo oculta. El estupor y la alegría, llenó los corazones de muchos miles de personas, que iban a ver al "santo". Todo mundo quería confesarse con el P. Pío o participar en su santa Misa.

El caso preocupó mucho al Superior Provincial que se propuso estudiar bien su caso. Pidió fotografías y las envió, junto con un amplio reporte a la Santa Sede. Como respuesta recibió la orden de intensificar el estudio médico y sustraer al P. Pío de la curiosidad popular. Se le prohibió celebrar en público y confesar.

El P. Pío calla y obedece. Durante dos largos años vivió en el escondite y a las órdenes de los médicos, que no encontraban las causas y no dejaban en paz al padre.

Un día un doctor le hizo esta pregunta:

- Padre, dígame ¿por qué tiene estas lesiones exactamente allí y no en otra parte?

- Más bien debiera ser usted el que me conteste, doctor: ¿por qué he de tenerlas en otras partes y no allí?

Al P. Pío no le faltaban ni el humorismo ni las respuestas sagaces.

### **EL ALMA DEL P. PIO**

Como aquellas personas que tuvieron la oportunidad de acercarse al P. Pío y pedirle sus consejos, conviene que también nosotros nos acerquemos a él para aprovechar de

algunas de sus enseñanzas.

No podemos seguir su vida con espíritu de curiosidad, sino con el de ahondar algo más en sus sentimientos y aprovecharlos para nuestra superación. Lo vamos a hacer entresacando algunos pensamientos de las cartas, que mandaba a sus hijos espirituales:

- "La voluntad de amar es ya amar. ¿Quién ha puesto en el corazón este sentimiento? ¿Podemos producir el más pequeño santo deseo sin la gracia? El mismo Dios está presente allí donde está el deseo de amarle".

- "Que el mundo esté de cabeza, que todo esté sumergido en las tinieblas, ¿qué importa? En medio de los truenos y relámpagos Dios está contigo.

Si El habita entre las tinieblas del Monte Sinaí, en medio de relámpagos, nubes y rayos, ¿no nos sentiremos contentos de estar con El?"

Luego advierte a aquéllos que buscan consuelos en el sentimiento: "Dios es tan incomprensible, que en cuanto más un alma penetra en la profundidad de su amor, tanto más el sentimiento de este amor disminuye, de tal manera que parece no amar más..."

Creedme: Cuánto más un alma ama a Dios, tanto menos ella lo siente".

Hombre experimentado en las pruebas del Señor, el P. Pío insiste en la necesidad de saber sufrir sin amargarse o desesperarse. Invita a tener paciencia hasta consigo mismo cuando uno se da cuenta de sus defectos: "La angustia es un mal tan grande como el mismo mal. Caminen con sencillez en la senda del Señor y no torturen su espíritu. Tengan por sus defectos un horror santo y pacífico, y no un odio fastidioso e inquieto, que no hace otra cosa que aumentarlos. Recuerden, hijos míos, que yo soy enemigo de los deseos inútiles, no menos de los deseos perniciosos y malos.

Lo que cuenta, lo que vale es lo que Dios quiere de nosotros: Si El desea hablamos, como a Moisés, entre relámpagos y entre humo de la zarza ardiente, no nos obstinemos en desear que nos hable en la brisa dulce y fresca como a Elías".

- "La tempestad puede levantar las olas. ¡Viva Jesús! No morirán. El duerme pero al momento oportuno despertará para restituir la calma. San Pedro habría caminado a pie sobre las olas si no hubiera tenido miedo y dudado. El peor enemigo, insulto que se puede hacer a Dios, es dudar de El".

- "Cada alma predestinada debe asemejarse a Jesús, por lo tanto, permítele tratarte según su beneplácito".

- "Quien ha escogido la mejor parte, debe sufrir todos los dolores de Cristo, compartiendo con él las angustias del desierto, del huerto de los olivos, de la Cruz".

Estos consejos que el P. Pío daba a las personas que guiaba espiritualmente, nos manifiestan su manera de concebir la vida cristiana: una entrega recia y humilde a la voluntad de Dios.

## **LA CELEBRACION EUCARISTICA**

La noticia de los estigmas del P. Pío se difunde bien pronto por todo el mundo. A San Giovanni Rotondo llegan auténticas multitudes que quieren ver la presencia de Dios en un hombre escogido por El para sufrir en su cuerpo los dolores de la pasión de su Hijo.

Pero al P. Pío se le puede ver solamente durante la celebración eucarística y en las largas horas de confesionario. ¿Y esto es fácil? No tanto. Para poder tener un lugar en la iglesia, y más aún, cerca del altar, es necesario madrugar mucho. La explanada de la Iglesia a las cuatro de la madrugada ya está repleta de personas que se empujan para poder entrar primero. Cuando a las siete de la mañana el sacristán abre las puertas se suscita un griterío y un entrar a presión, queriendo arrollar al que todavía está abriendo: "¡Despacio! ¡No sean

salvajes!" les grita éste; pero sin que nadie le escuche o le haga caso".

Durante más de veinte minutos, en la iglesia continúa el escándalo hasta que todos están bien apretados como sardinas. A la hora establecida se oye el anuncio: "Se inicia la santa Misa". Inmediatamente se hace un silencio profundo. Se diría que hasta la respiración se detiene. Acompañado por dos religiosos sale el P. Pío de la sacristía, dirigiéndose al altar. Todos quieren verlo y, posiblemente hasta tocarlo. Pero su presencia inspira tanto respeto que nadie se atreve a moverse en lo más mínimo.

La Misa dura casi dos horas. Le fue prohibido prolongarla más tiempo. Todos están sumergidos en el misterio de este sacrificio de Cristo, que se actualiza en la santa Misa. Aunque no haya diferencia esencial en la celebración eucarística de cualquier cura, porque el Sacerdote y la Víctima es siempre Cristo; pero con el P. Pío la imagen del Salvador, traspasado en sus manos, pies y costado, es más transparente y aprisionante. P. Pío vive la santa Misa, sufriendo los dolores del crucificado y dando un profundo sentido a las oraciones litúrgicas de la Iglesia.

Escribe uno de sus biógrafos: "Puedo afirmar que en San Giovanni Rotondo he descubierto en el santo sacrificio de la Misa abismos de amor y de luz, que antes apenas vislumbraba. En los anales de la Iglesia el P. Pío es el primer cura estigmatizado; pero él fue esencialmente sacerdote y su santidad fue esencialmente sacerdotal. Toda su vida gravitaba alrededor de estas horas en las cuales prestaba a Cristo su boca, sus manos, sus ojos. El no inventaba nada, ni añadía nada. Solamente decía lo prescrito por la liturgia. Pero cuando decía: 'Esto es mi cuerpo... Esta es mi sangre', su rostro se transfiguraba. Olas de emoción lo sacudían como si el debate con que lo aprisionan invisibles presencias lo llenara a veces de temor, de alegría, de tristeza, de congoja, de dolor... Se podía seguir en la expresión de su rostro, el misterioso diálogo. Ahora protesta, ahora mueve la cabeza para decir que no, y ahora espera una respuesta. Todo su cuerpo se proyecta en una muda imploración. Yo continúo observándole con un nudo en la garganta. El tiempo parece detenerse. Digamos mejor: no cuenta más. Este sacerdote, que se detiene delante del altar, parece llevarnos a todos a un mundo nuevo, en el cual la duración del tiempo cambia de sentido. De repente unas lagrimotas surcan sus mejillas, y las espaldas, sacudidas por sollozos, parecen ceder bajo un peso oprimente. En la Santa Misa, el Padre Pío vuelve a vivir la tragedia de Cristo. Yo miro el rostro del P. Pío irrigado de lágrimas y pienso en los pecados que él carga sobre sí, cada día, después de interminables horas de confesionario. El no confiesa y absuelve de broma. "¡El servidor no es más que su amo!"

¡Ahora comprendo por qué las muchedumbres se vuelcan apretadas alrededor del altar deteniendo la respiración!

### **EN EL CONFESIONARIO**

Quien participaba en la celebración eucarística del P. Pío, no podía quedar tranquilo en su pecado. La santa Misa elevaba a todos los presentes en el misterio de Dios, que no dejaba en paz a quien vivía lejos de El.

Después de la santa Misa, el P. Pío se sentaba en el confesionario para administrar la misericordia de Dios a los arrepentidos.

Empezaba con los hombres hasta las nueve; de nueve a once y media confesaba a las mujeres. En la tarde estaba a disposición de todos, pero dando la preferencia a los hombres, porque decía: son los que más lo necesitan.

Hay muchas anécdotas sobre el ministerio que el P. Pío prestaba en el confesionario. He aquí unos pocos:

Siendo muchos los que querían confesarse con el P. Pío, se pensó en poner orden hasta donde fuera posible.

En honor a este orden, algunos para confesarse debían esperar su turno hasta tres o cuatro días.

Muchos, de los más empedernidos, iban a San Giovanni Rotondo, no para confesarse, sino por curiosidad o para reírse.

### **Una trampa**

Una señora estaba angustiada porque el marido no quería confesarse. En ocasión de su onomástico, le pidió al marido un regalo.

- ¡Lo que quieras! le contestó éste.

- ¡Acompáñame a San Giovanni Rotondo! Se puso rabioso.

- ¡Esta es una trampa! ¡Esto no es honesto!

-¿Por qué no es honesto? ¿No me prometiste darme lo que yo quisiera?

La acompañó a regañadientes y estando siempre de mal humor. Llegando por la tarde a San Giovanni Rotondo, lo primero que le dijo fue: ¡Mañana mismo nos regresamos en el primer tren!

- ¡Está bien! le contestó la señora.

Durante toda la noche no pudieron dormir. A las dos de la madrugada todo el mundo se levantó para asegurarse un lugar en la Misa de las siete.

Se levantaron también ellos. Pero el marido, siempre de mal humor, dijo a la señora:

- Si quieres que te acompañe, déjame en paz y no pidas que me confiese.

Durante la Misa, le tocó un lugar bastante cerca del P. Pío. La señora rezaba por la conversión de su esposo. Terminada la celebración, el primero en seguir al P. Pío rumbo a la sacristía para la confesión, fue exactamente este señor. Después de un rato regresó donde estaba su esposa, y, con un rostro lleno de luz y alegría, exclamó:

- ¡Hecho! ¡Ya me confesé!

¡Qué hombre es este P. Pío! ¡Me detuvo y me puso como nuevo!

¿Cómo no confesarse después de una Misa como ésta? Luego, echando el brazo al cuello de su señora, le dijo:

- ¡No conviene que nos vayamos pronto! ¡Quedémonos una semana!

### **¡Vete, vete de aquí!**

Mientras estos esposos gozan la gracia de Dios, en la sacristía, donde el P. Pío está confesando, se oye el golpe violento de la ventanita del confesionario.

Sale una muchacha llena de lágrimas, que da la vuelta y va enfrente del Padre para suplicarle que la confiese.

- ¡Vete, vete de aquí! le dice el P. Pío en tono enérgico. ¡No tengo tiempo para ti!

Ella continúa sollozando como si el corazón le estuviera estallando.

Nadie se mueve. Se crea un profundo silencio, y los ojos de todos están sobre la muchacha. El Padre Pío continúa confesando tranquilamente.

Se le acerca otro padre que está encargado del orden y le dice: "Tranquilízate. No tengas miedo".

Se la lleva luego un poco lejos del confesionario y dialoga con ella, Al fin la muchacha se retira confortada, besándole la mano.

Una persona se acerca a este religioso y le pregunta: - ¿Por qué el P. Pío es tan duro con ciertos penitentes? - El P. Pío, contesta el padre, lee las conciencias y rechaza a quienes

no están bien dispuestos. - ¿Y si éstos no regresan?

- ¡Pierda cuidado! El P. Pío no las rechazaría si no supiera que regresarían. Para lavar un corazón es necesario una lluvia de lágrimas. Un buen médico no titubea en usar el bisturí.

- Entonces... esta muchacha... - ¡No se preocupe! Ella vino, quizás por curiosidad. Muchas mujeres vienen por curiosidad. El P. Pío lo intuye. No quiere que se confiesen para verlo. ¡Esa no es una confesión! Dentro de dos o tres días esta muchacha regresará preparada. ¿Cree usted que el P. Pío no haya ya orado por ella? Pero es necesario esperar que la gracia actúe.

### **Te veo muerto**

Otro día, un comerciante de la ciudad de Pisa llega a San Giovanni Rotondo a pedir al P. Pío la sanación de una hija que estaba muy enferma. Cuando estuvo frente al padre, éste lo miró y le dijo: "Tú estás mucho más enfermo que tu hija. Yo te veo muerto".

- ¿Qué dice, Padre? ¡YO estoy muy bien! - ¡Miserable! Le grita el P. Pío. ¡Infeliz! ¿Cómo puedes estar bien con tantos pecados en la conciencia? ¡Estoy viendo por lo menos treinta y dos!

El hombre se sorprendió mucho, y terminó arrodillándose para confesarse.

Terminada la confesión, el comerciante de Pisa decía a todos: "¡El sabía todo y me ha dicho todo!"

### **Un criminal**

En otra ocasión un hombre, relacionado con una organización criminal, había decidido matar a su esposa. Para hacer creer que se trataba de un suicidio, pensó acompañarla a San Giovanni Rotondo, simulando amor y fe. Era un ateo, que no creía ni en Dios ni en el diablo. Aprovechando el viaje, entró en la sacristía donde confesaba el P. Pío para, ver este "típico fenómeno de histerismo".

Apenas el P. Pío lo ve, se le acerca, lo coge del brazo y le grita: ¡Fuera, fuera, fuera! ¿No sabes que te está prohibido mancharte las manos de sangre? ¡Vete!

Todos los presentes quedaron aturcidos. Enloquecido, el pobre infeliz huyó, como si le hubiera caído fuego encima.

¿Qué pasó en la noche? Sólo Dios lo sabe y el P. Pío. La mañana siguiente el hombre estaba a los pies del P. Pío, que lo acogió con amor, lo confesó, le dio la absolución y luego le abrazó tiernamente. Antes de que se retirara, le dijo: "Tú siempre has deseado tener hijos, ¿no es verdad?"

El hombre lo miró sorprendido, y luego contestó: "Sí, y mucho"

"Bien, ahora no ofendas más al Señor y tendrás un hijo".

Un año después, retornaron los dos esposos para que les bautizaran al hijo.

### **¡Me ha dicho todo!**

Un día un hombre salió de la iglesia, después de haberse confesado con el P. Pío, y se puso a gritar, loco de alegría, a todas las personas que se le acercaban: "Había 35 años que no entraba en una iglesia. Sí, 35 años que no quería saber nada ni de Dios ni de la Virgen ni de los santos. ¡Llevaba una vida de infierno! Un día una persona me dijo: ¡Vaya a San Giovanni Rotondo y verá! Solté la carcajada y contesté: Si usted cree que ese padre me va a convencer, está muy equivocada.

Pero esta idea no me dejó en paz. Era como una perforadora que escarbaba dentro de

mí. Finalmente, no pudiendo más, me dije: ¿Por qué no ir? Así acabaré con esta obsesión.

Llegué anoche. No había lugar para uno como yo, acostumbrado a las comodidades. Pasé la noche pensando en mis pecados y sudando abundantemente. A las dos de la madrugada, se oyen varios despertadores.

Me levanté con todos los demás; pero blasfemando contra todos. No obstante, me dirigí a la iglesia. No entendía lo que me pasaba por dentro. Esperé como los demás y entré como los demás. Asistí a la Misa del P. Pío. ¡Qué Misa! Me mordía los labios, me defendía... pero no tenía nada que hacer, comenzaba a perder terreno. La cabeza me estaba explotando. Después de la Misa seguí a los hombres que iban a la sacristía como un autómatas. Al entrar, el P. Pío vino a mi encuentro y me dijo: ¿No sientes en la cabeza la mano de Dios? Yo contesté: 'Confiésemme, padre'.

Apenas me había arrodillado, sentí la cabeza vacía como una olla. Me era imposible recordar mis pecados. El padre esperó un poco y luego me dijo: Animo, hijo, ¿no me dijiste todo durante la Misa? ¡Animo! ¡Y me dijo todos mis pecados! Yo le contestaba solamente 'Sí'. ¡Ahora me siento limpio como un niño! ¡Ahora me siento feliz!"

## **DETALLES QUE CONVIERTEN**

### **Dios cree en ti**

Para comprender mejor la misión y la espiritualidad del P. Pío escogemos algunos de los episodios más significativos de su vida.

Su apostolado parece caracterizado por la conversión de grandes pecadores. El encuentro con ellos tenía siempre algo sensacional.

Lo excepcional de sus estigmas servía siempre para atraer desde lejos a los grandes pecadores.

Sus respuestas, sencillas y profundas a la vez, terminaban con las grandes objeciones que atormentaban toda una vida.

- Padre, ¡Yo no creo en Dios! - le dijo un día uno de esos grandes 'ateos'.

- Hijo mío, ¡Pero Dios sí cree en ti! contestó el P. Pío, y bien pronto, el 'ateo' terminó arrodillándose para confesar sus pecados.

- Padre, le dijo otro, ¡he pecado demasiado, no tengo más la esperanza de ser perdonado!

- Hijo mío, Dios perdona sin cansarse a las almas más obstinadas: ¡le costaste demasiado para que te abandone!

### **Tienes la Cara Sucia**

A veces era muy amable, otras veces muy duro. Un día estaban un grupo de visitantes en la sacristía, esperando al P. Pío, para saludarle y recibir su bendición. En el grupo había un señor de la ciudad de Génova, que no creía mucho, y estaba allí por pura curiosidad.

Apenas llegó, el P. Pío se dirigió a él, fijándosele severamente por encima de todas las cabezas y le gritó: ¡Genovés, tú tienes la cara sucia! Vives cerca del mar ¿no has aprendido a lavarte?"

Hubo un silencio profundo en el grupo y todas las miradas cayeron sobre el pobre genovés.

“Tu barca es sólida, pero no tiene timón”, añadió el P. Pío.

Todo terminó con una buena confesión.

A ciertos peregrinos les negaba la comunión y, no obstante que volvían tres o cuatro veces, cambiando de lugar, continuaba negándose con decisión.

A uno le dijo con voz severa: "Ve a casarte con la mujer con quien vives, y luego regresas".

### **Un chofer se confiesa**

Un chofer de camiones de pasajeros que acompañó a un grupo de peregrinos a Pietrelcina, narró al micrófono su confesión que hizo con el P. Pío.

- No tenía ningunas ganas de confesarme.

Fui a la sacristía a esperar al grupo. Estaba detrás de todos. No obstante el Padre se fijó en mí y me dijo:

- Y tú, hijo, ¿no pides ni una bendición?

- Entonces me arrodillé, y él se me acercó y me dijo: "¿Qué has hecho, hijo?"

- ¡Nada, Padre! contesté.

Me confesé hace poco y fui a Misa a Monte Gargano con estos señores.

- ¿Y después? Hemos comprado algunas estampitas y medallitas. Lo se, pero, no fueron esas imágenes las que te hicieron blasfemar, sino aquellas cosas que se comen. En efecto, allí el chofer quiso comprar para todos los pasajeros unos bizcochos, especialidad del lugar y, no habiendo encontrado la cantidad suficiente, soltó una blasfemia.

- Y luego ¿olvidaste -continuó el P. Pío todas las palabrotas que dirigiste a aquella persona que encontraste en la carretera con sus animales? - ¡No sabía dónde esconderme!  
¡El P. Pío había visto y oído todo!

### **Cumplir con lo prometido**

Un día había dos niñas en un grupo de peregrinos. Como todos los demás, también ellas se le acercaron para besarle la mano.

El P. Pío se negó, y les dijo: ¿Qué prometieron a su papá?

Las niñas se pusieron rojas al recordar que habían logrado de su papá el permiso de ir a verlo con la condición de que no tocaran las manos cubiertas de llagas de origen tuberculoso. Todo terminó con la confesión del papá de las niñas, que un día lograron llevar a los pies del P. Pío.

### **UN MONARCA HUMILLADO**

Llegaban a San Giovanni Rotondo personas de todas partes y de todas las categorías. Un día llegó un monarca, que a consecuencia de la última guerra mundial, había perdido el trono. Fue a ver "este espectáculo" y en plan de turismo.

En el pueblo se divulgó la noticia de su llegada, y muchos fueron a verlo y a hacerle valla por las calles. Lo recibieron unos frailes del convento y lo acompañaron a la sacristía donde el P. Pío estaba confesando. Todos sabían que él no admitía favoritismo alguno. Títulos, cargos públicos, méritos civiles... no valían nada para el P. Pío. Lo que contaba era el "hijo pródigo", hambriento del perdón de Dios.

El monarca estuvo allí esperando que el Padre lo atendiera. Pero no llegaba ese momento. Alguien se adelantó para decirle que el tal señor estaba esperando:

"Es el turno de Juanito" contestó el P. Pío. Juanito, el destapa caños, pasa adelante del monarca. Este, disgustado por la humillación, da media vuelta y se retira.

- Padre, le pregunta uno de sus hijos espirituales, ¿por qué le ha impuesto esta humillación?

- ¿Esta humillación? repite el Padre. No es una corona que hace más bella el alma. Juanito está sucio por fuera, pero limpio por dentro; mientras que él está limpio por fuera y tiene un alma negrísima.

Y añade:

- ¡En el tribunal de Dios no hay ninguna precedencia! Si alguno tiene precedencia es el hijo pródigo.

### **LA CONVERSIÓN DE UN ANTICLERICAL**

Alberto del Fante era un periodista anticlerical que sentía coraje por un fenómeno "pseudo religioso" del P. Pío. Como muchos otros, empezó a atacarlo con violentos artículos publicados en el periódico, 'Italia Laica'. Lo delató como 'charlatán', y 'zorro' que abusaba de la ignorancia de una masa ingenua e incrédula.

Pero la misericordia del Señor lo alcanzó con la sanación clamorosa e indiscutible de un sobrino, desahuciado por los médicos. Un amigo había pedido al P. Pío que intercediera por él. En el espacio de 24 horas, el joven estaba completamente sano, sin que los médicos encontraran una explicación.

Desconcertado por el acontecimiento, el periodista enemigo decide ir a ver al extraño taumaturgo; para no incurrir en equivocaciones, grababa día tras día todas sus impresiones. "¿Mistificador o santo?; se preguntó desde su llegada a San Giovanni Rotondo. El P. Pío le parecía un fraile "cualquiera" y sintió un violento deseo de desafiarlo:

- Me confesé sin fe, sin entusiasmo, como si me encontrara delante de cualquier otro cura. Pero una cosa me impresionó: aquel hombre conocía mis pecados. En seguida me dijo que pertenecía a una asociación que reconoce a Dios, más no ama a sus ministros. Puedo pensar que mi manera de hablar le haya hecho entender que era un masón. Discutimos ampliamente de la filosofía que sustituye la fe en la conciencia: examinamos la doctrina de San Agustín, Spinoza, Stuart Mill, Spencer y de otros filósofos modernos.

Al final le dije: "Padre, yo siempre he buscado encauzar mis acciones hacia el bien y si, a veces, la bestia triunfa sobre el hombre, en seguida mi conciencia me reclamaba: 'Haz esto, no hagas el otro...'. Yo no he tenido nunca la fe, pero esto no me ha impedido ser honesto."

- ¿Honesto? - replicó el P. Pío ¿honesto? Recuerda ciertas circunstancias... y empezó a decirme cosas que no era posible que supiera.

Alberto Del Fante publicó un grueso volumen sobre el P. Pío, lleno de acontecimientos extraordinarios. En este libro anotó con humildad las etapas sucesivas y dolorosas de su conversión: "He luchado llorando por el coraje..." Al final se rindió.

Antes de dejar San Giovanni Rotondo, pidió al Padre que rogara por su joven esposa que esperaba un hijo:

- Ciertamente, ciertamente -contestó el P. Pío, Dios dijo: 'crezcan y multiplíquense'. El ama a los que crea. Luego le preguntó de improviso: "¿Tu esposa tendrá leche para la niña?"

Sorprendió al periodista, y contestó: "Es por lo que quiero que rece!"

- Sí, tendrá lo suficiente dijo el Padre, porque es justo que una madre amamante a su hija, tanto más que a los últimos dos hijos tuvieron que confiarlos a otra señora.

El periodista quedó todavía más sorprendido al escuchar esos detalles de su familia. A su debido tiempo todo se cumplió como el Padre le había dicho.

Muchas veces el P. Pío se encontró con hombres intelectuales, artistas, escritores y filósofos incrédulos. Para todos tenía argumentos, aparentemente sencillos, pero capaces de tumbar cualquier argumento contrario.

Uno de estos, Ferruccio Caponetti, materialista militante, ha escrito, "en San Giovanni Rotondo encontré a un maestro. El me acogió con alegría, escuchó sonriente mis

dificultades y mis dudas; luego, con palabras sencillísimas, más con una profundidad de pensamiento insondable, demolió, una tras otra, todas mis objeciones que se amontonaban en mi mente, desmanteló, unas tras otra, todas mis argumentaciones, puso mi alma al desnudo y, habiéndome manifestado la doctrina del Señor, abrió los ojos de mi alma y vi la luz. Tocó mi corazón y ahora creo".

A un profesor, que quería hacer la experiencia de Dios, le dijo: "En los libros se busca a Dios. En la oración se le encuentra".

### **SABE EL FUTURO**

El P. Pío era un hombre duro contra todo tipo de pecado, pero tierno y amante de la vida. Velaba sobre la santidad de la familia y multiplicaba sus oraciones en favor de las mujeres encinta y los niños. Las señoras iban a pedir su bendición sobre las criaturas que iban a nacer. A veces iban hasta pedirle el nombre que convendría poner al que nacería.

Un día un oficial de la policía fue a ver al P. Pío y le dijo:

- Padre, mi esposa está encinta. ¿Qué nombre le daremos al niño?

- ¡Llámenlo Pío! - contestó el Padre. El oficial se llenó de alegría; pero le quedaba una dificultad:

- ¿Y si es niña?

- ¡Llámenlo Pío, he dicho!

- Y en realidad fue un varoncito.

Dos años después, el mismo oficial fue otra vez a hacer la misma consulta al P. Pío.

- ¡Llámenlo Francisco!

El oficial, un poco dudoso, contestó:

- Padre, si nos fue bien la primera vez, ahora puede ser una niña.

- Hombre de poca fe, ¡hazme caso! y otra vez fue niño.

Este oficial un tiempo era un enemigo del P. Pío, contando historias y denigrando su apostolado. Luego, como tantos otros, fue a verlo por curiosidad. Entonces el P. Pío lo enfrentó con energía diciéndole: ..¿Por qué vas contando todas esas tonterías, si no me has visto nunca? ¡Primero fíjate y luego habla!"

### **CURACIONES EXTRAORDINARIAS**

Enfermo de Cáncer

En San Giovanni Rotondo, el Dr. Francisco Ricciardi era famoso por dos cosas: por ser un buen y caritativo médico y por declararse enemigo del P. Pío. Era otro militante y desde algunos años llevaba una campaña sistemática de difamación en contra de la religión y del capuchino estigmatizado.

Vivía cerca del convento y le daba coraje el ir y venir de tanta gente "oscurantista y fanática" fácil presa del engaño del fraile.

Reunía a la gente más prestigiosa del pueblo para hacerle ver a la luz de la ciencia, las estupideces del fraile. Logró crear un grupo fuerte de opositores.

El P. Pío sufría y callaba. Después de muchos años el doctor se enfermó gravemente. Sus colegas unánimemente le diagnosticaron cáncer en el estómago. Era demasiado tarde para operarlo. Se difundió la noticia de que el doctor estaba desahuciado. Mucha gente, que había sido ayudada por su caridad, a pesar de que era ateo, se dolió mucho y se puso a orar por él.

Hasta se arrodillaban en la calle, cerca de su casa para pedir al Señor su conversión. El párroco del pueblo se animó y fue a verlo:

- ¡No quiero curas! Gritó el enfermo, y para ser más expresivo, tomó una pantunfla y se la tiró en la cara al sacerdote. Sin desanimarse, el párroco le contestó con una sonrisa y le hablo del perdón de Dios:

- ¡Déjenme en paz! continuaba gritando el enfermo". - Sólo el P. Pío podría confesarme. Pero le he ofendido demasiado para que él venga. Y, además, sé que no puede salir del convento. Por lo tanto, déjenme morir como he vivido. ¡Basta!

Fueron a contar al P. Pío la respuesta del doctor Ricciardi. En seguida él fue a la Iglesia, tomo los santos óleos, la Eucaristía y, arrastrándose con sus pies traspasados por las llagas, salió para alcanzar al enfermo.

Al llegar ante el enfermo, el P. Pío abrió los brazos y le sonrió con una sonrisa del cielo.

Ante esta visión, el enfermo recobró ánimo y le dijo: "¡Perdóneme, P. Pío!"

Confesado, perdonado y comulgado, estaba ya en paz con Dios, podría morir feliz. Pero, el P. Pío pidió por su sanación para dar prueba al mundo de cómo hay que responder a las ofensas de los enemigos. Al cabo de tres días, el doctor Ricciardi se levantó completamente curado.

Todo cambió en la vida: de ateo y enemigo, se convirtió en apóstol y amigo del P. Pío.

### **Ciega de Nacimiento**

Todos conocían en su pueblo la historia de Gemma Di Giorgi, que nació ciega y sin las niñas de los ojos. Esta recuperó la vista al recibir la primera comunión de manos del P. Pío. El la recibía con gusto y decía a los presentes: "A mí no me impliquen en este asunto. Es obra de la Virgen".

### **VALOR DEL SUFRIMIENTO**

La vida del P. Pío está llena de tantos acontecimientos extraordinarios que pueden engolosinar al lector superficial y darle una imagen falsa de lo que fue realmente su historia.

Es necesario detenemos de vez en cuando, dejando de un lado los hechos extraordinarios, y buscar las causas de ellos en la vida íntima del P. Pío. El fue creciendo a los ojos de Dios para crecer en el servicio de los hombres principalmente por medio del sufrimiento y de la oración.

San Juan de la Cruz compara la vida de los hombres escogidos por Dios para una misión, con un leño húmedo que se echa al fuego. Lo primero que sucede es que el leño empieza a gemir, a humearse, a secarse, para terminar en fuego.

Así le pasa a quien es llamado a servir en la misión redentora de Jesucristo. Todo santo ha tenido que sufrir mucho moral y físicamente. Estos sufrimientos lo purifican y lo encienden cada vez más del amor de Dios.

En una carta que el P. Pío escribió en junio de 1913, leemos: "El Señor me hace ver, como en un espejo, que toda mi vida será un martirio".

Desde que ingresó a la vida religiosa hasta el 20 de septiembre de 1918, cuando recibió los estigmas, la vida del P. Pío fue un vía crucis. El 20 de septiembre de 1912, escribe: "Sufro y sufro mucho... Pero yo no deseo para nada que mi cruz sea aliviada, porque sufrir con Jesús es muy agradable. Al contemplar la cruz en los hombros de Jesús, me siento más fortificado y exultante de santa alegría".

A una hija espiritual le dijo un día: "El sufrimiento es mi pan de cada día, es mi dulzura. Sufro cuando no sufro. Las cruces son las joyas del Esposo, y de ellas soy celoso. ¡Ay de aquél que quiera meterse entre las cruces y yo!"

El P. Pío, celoso de sus sufrimientos, no quería compartirlos con los demás, aunque en ciertos momentos parecía estremecerse y, gimiendo decía: "Señor, ¡Ya no puedo más! ¡Ya no puedo más! ¡Ya no tengo fuerzas para aguantar! ¡Ven, Señor a librarme!"

Pero, luego luego se arrepentía, y clamaba: "¡No, Señor, no me hagas caso! al contrario, aumenta mis sufrimientos. Dame también los sufrimientos de mis hermanos".

Un día de agosto de 1922 el P. Rómulo Pennisi, director disciplinar del seminario seráfico de San Giovanni Rotondo, en la presencia de los pequeños seminaristas, entabló el siguiente diálogo con el P. Pío:

- P. Pío, hoy te veo muy sufrido: dime, ¿te duelen tus llagas?

- Cuando tú tienes una herida o llaga, ¿te duele? ¿Sientes dolor? Ahora piensa que yo tengo cinco llagas, y ¡qué llagas!

- Entonces, dame un poco de tus sufrimientos. Entre dos se sufre menos.

- ¡Esto nunca! Soy celoso de mis sufrimientos. - P. Pío, todos los seminaristas quieren aliviarte el peso de la cruz; ¿por qué no pides al Señor que reparta entre todos un poco de tus sufrimientos? - No reparto con nadie mis preciosas joyas. El P. Pío había aprendido que los sufrimientos son útiles para purificarse, para dominar el orgullo, hacerse más sensible a los sufrimientos de los demás y a estar más cerca del Señor.

El 29 de diciembre de 1912, escribió: Jesús me ha hecho oír mucho su voz en mi corazón... 'Hijo mío, el amor se conoce en el dolor, lo sentirás agudo en el espíritu y más agudo en el cuerpo... ¡Cuántas veces me habrías abandonado, si no te hubiera crucificado! Bajo la cruz se aprende a amar, y yo no la doy a todos, sino sólo a las almas que más quiero.

El 8 de diciembre de 1916, escribió: "Tú me hiciste subir a la cruz de tu Hijo: estoy convencido de que jamás bajaré de ella".

P. Pío sufrió mucho físicamente; pero más todavía espiritualmente. La noticia de sus estigmas no suscitó en las autoridades eclesiásticas alegría o triunfalismo, sino enérgicas medidas disciplinarias para estudiar el fenómeno y evitar caer en posibles engaños. Una de estas medidas fue obligar al P. Pío a vivir completamente aislado durante varios años. Hasta la Santa Misa la debía celebrar en una capilla del convento con la única asistencia de un fraile. Ninguna persona podía acercarse a él para confesarse o recibir consejos.

Durante años, al mismo tiempo que sufría los dolores de la pasión del Señor en su cuerpo, sentía en su alma el dolor del aislamiento y el peso de la sospecha.

Las luchas implacables del demonio, que se le aparecía en figuras espantosas, que lo amenazaba y lo lastimaba aún físicamente, fueron otras fuentes de sufrimiento.

Hombres de mala voluntad, otros anticlericales, hicieron todo cuanto de su parte estaba para desacreditarlo públicamente, sirviéndose de los medios de comunicación social, ocasionando mayor severidad en las medidas disciplinarias de las autoridades eclesiásticas.

Pero las condenas injustificadas encuentran al P. Pío siempre dispuesto a la obediencia silenciosa. El callaba como Jesús. El cardenal Lercaro, arzobispo de Bolonia, (Italia) hablando del P. Pío, dijo: "Sintió la amargura de procedimientos arbitrarios, de decisiones durísimas, de juicios malignos e injuriosos, sin reaccionar, sin reclamar. Su humildad no se desmintió nunca, ni su obediencia, ni su caridad... ni vino a menos su confianza".

**Escogido por Dios**

E12 de abril de 1912 escribió a su director espiritual: 'Jesús se escoge las almas, y entre éstas, sin ningún mérito mío, ha escogido también a la mía para ser ayudado en el gran negocio de la salvación humana... ¿No le dije que Jesús quiere que yo sufra sin consuelo alguno? ¿No me ha escogido El para ser una de sus víctimas? Jesús dulcísimo me ha hecho entender todo el significado de víctima... ¡Oh, qué gran cosa es ser víctima de amor!'

El 15 de agosto de 1915 escribió: "Yo no soy capaz de entenderlo; sólo sé con certeza que siento una necesidad continua de decir al Señor: ¡O padecer o morir! Mejor dicho: - ¡Siempre padecer y nunca morir!"

El deseo de unirse a Cristo como víctima, lo había manifestado el P. Pío en el mismo día de su ordenación sacerdotal -10 de agosto de 1910- escribiendo en una estampita: "Oh Jesús, que yo sea contigo para el mundo camino, verdad y vida, y para ti sacerdote santo y victima perfecta..."

Después de 25 años de sacerdocio, el P. Pío volvió a escribir en una estampita recuerdo: "¡Oh Jesús, mi víctima, mi amor! Hazme altar para tu cruz, cáliz de oro para tu sangre, ofrecimiento, amor, oración".

Estaba convencido de que el sufrimiento, ofrecido a Dios con Cristo Víctima, es sumamente eficaz para la conversión de los pecadores. El amor al dolor en el P. Pío no es masoquismo, sino apostolado. La conversión de tantos pecadores encuentra su explicación en el amor con que el P. Pío ofrece sus padecimientos morales y físicos.

En una carta que el santo capuchino escribió a su padre espiritual el 29 de noviembre de 1910, leemos: "...Desde hace bastante tiempo siento en mí una necesidad de ofrecerme víctima por los pobres pecadores y por las almas del purgatorio.

Este deseo ha ido creciendo siempre más en mi corazón, tanto que se ha vuelto, quisiera decir, en una fuerte pasión.

Muchas veces he hecho este ofrecimiento al Señor, suplicándole que volqué sobre mí los castigos destinados a los pecadores, aún centuplicándolos, con tal de que ellos se conviertan".

El Papa Pío XII, después de haber superado una gravísima enfermedad, habiendo sabido que el P. Pío se había ofrecido víctima por su salud, le envió su apostólica bendición con estas palabras: "Estoy conmovido por el P. Pío, que ha ofrecido su vida, víctima por la salvación del Papa".

Interrogado por una hija espiritual si era verdad lo que había contado un joven estudiante universitario que había visto, durante la Santa Misa, una corona de espinas en su cabeza, el P. Pío contestó: "¡Cuánto me ha costado esa alma! La pagué con lágrimas y sangre".

A una señorita que le recomendaba rezar por su hermana, contestó: "Dile que hay uno que reza y se ofrece por ella".

En sus bodas de oro de vida religiosa, el P. Pío escribió en la estampa-recuerdo: "Cincuenta años de vida religiosa. Cincuenta años de fuego devorador por el Señor y por sus redimidos. ¿Qué otra cosa desea mi alma, sino llevar a todos a ti, Señor, y esperar pacientemente que este fuego devorador abrase todas mis entrañas en el deseo de deshacerme, para estar completamente en ti!"

### **La herencia del P. Pío:**

En los últimos años de vida terrenal, un penitente, viendo al P. Pío llegar al confesionario en silla de ruedas, le dijo: "Padre, ¿por qué sufre tanto?"

El padre le contestó: "Porque quiero dejar una gran herencia a mis hijos".

Cuantos tuvieron la dicha de ser guiados por el P. Pío comprendieron el valor del sufrimiento y se volvieron víctimas para la conversión de los pecadores.

Narra el P. Alberto D' Apolito, que convivió muchos años con el P. Pío y escribió un volumen sobre su espiritualidad, que un día encontró en un hospital a una enferma de nombre Adelina que estaba muy grave. Del P. Pío había aprendido el valor del sufrimiento para la conversión de los pecadores. Al saber que estaba allí un padre franciscano del convento del P. Pío, se sintió llena de alegría. El P. Alberto la bendijo y le animó a pedir por los pecadores.

Cuando este padre estaba dejando el hospital, una religiosa lo alcanzó rogándole que fuera a ver a un enfermo que había rechazado varias veces con rabia los auxilios espirituales.

El padre contestó que sería inútil otro intento. Lo que hacía falta era orar por él.

Entonces volvió a la cama de Adelina, y le dijo: "He vuelto para pedirte un favor".

- ¿Un favor a mí, que estoy inmóvil en una cama de muerte?

- Sí, sólo tú puedes hacérmelo. Se trata de salvar a un pecador, que ha rechazado los auxilios espirituales. Si tú ofreces tus sufrimientos por su conversión, seguramente él se arrepentirá de sus pecados.

- Sí, padre; le ofrezco a Dios mi vida por su salvación. A la noche siguiente, el pobre enfermo, arrepentido, recibió de un sacerdote, los auxilios espirituales.

### **LA ORACION**

El hombre fue creado a imagen de Dios para que viva como El, amando. El amor del hombre tiene dos objetivos: a Dios y al hombre. Lo primero que este amor exige es el diálogo. No puede uno decir que ama a otro si, sistemáticamente, no le dirige la palabra. En realidad, el amor se puede medir en el grado de comunicación que se tiene o se quiere tener con la persona amada.

El diálogo con Dios se llama oración. Esta no es monótona, ni mucho menos un disco rallado que repite siempre lo mismo sin comprenderlo ni sentirlo.

La oración nos acerca a Dios y nos capacita para recibir sus gracias y sentir su amor. El P. Pío sirvió mucho a la humanidad, porque fue un hombre de oración. Su enseñanza y ejemplo convencían profundamente a cuantos se le acercaban.

### **A Dios se le encuentra en la Oración**

Una tarde, encontrándose en el jardín del convento con un grupo de intelectuales, el P. Pío les dijo: "A Dios se le busca en los libros, pero se le encuentra en la oración. Si hoy falta la fe, se debe a la falta de oración. Dios no se encuentra en los libros, sino en la oración: cuanto más se reza, tanto más aumenta la fe y se encuentra a Dios. Ustedes, hijos, no dejen la oración: oren seguido durante el día. Hagan también un poco de meditación. Encontrarán y verán a Dios".

El P. Pío siempre recomendaba la oración como un medio indispensable para vivir honestamente y obtener las gracias necesarias para superar los problemas de la vida. El solía repetir: "La oración es el pan y la vida del alma, el respiro del corazón, un encuentro íntimo y prolongado con Dios".

Paulo VI, durante una audiencia concedida al P. General de los franciscanos capuchinos el 20 de febrero de 1971, dijo: "Hagan todo lo que puedan para acercar el pueblo menos dispuesto a escuchar la palabra religiosa.

...Sucederá para ustedes el milagro que se realizó con el P. Pío. ¡Miren qué fama adquirió, qué clientela mundial reunió alrededor suyo! ¿Por qué? ¿Porque era un filósofo?

¿Porque era un sabio? ¿Porque tenía medios a su disposición? No. Fue porque celebraba la Misa con humildad; confesaba de la mañana a la noche, y era el representante impreso de los estigmas de nuestro Señor. Era un hombre de oración y sacrificio".

Toda la vida del P. Pío fue una continua oración. Un año antes de morir, dijo un día: "No quiero ser más que esto: un fraile que ora."

### **Cómo oraba**

Una carta que el P. Pío escribió a su director espiritual el 10 de noviembre de 1913, nos hace saber cómo sentía y vivía la oración: "La manera normal como yo oro es esta: apenas inicio mi oración, siento que el alma empieza a recogerse en una paz y tranquilidad que no puedo expresar con palabras. Los sentidos quedan suspendidos, a excepción del oído, que algunas veces no viene suspendido... pero, no me molesta... y aunque se hiciera grandísimo ruido... no logra molestarme.

Muchas veces me sucede que el continuo pensar en Dios se aleja por un momento de mí, y de repente me siento tocar por nuestro Señor de manera tan penetrante y suave... que me veo obligado a llorar de dolor y de ternura.

En la oración me parece que el alma se pierde toda en Dios.

Otras veces siento morirme por Dios... Siento que el alma tiene un ardentísimo deseo de salir de esta vida... Me parece que el tiempo se escapa rápidamente y nunca es suficiente para orar..."

### **Oración por los pecadores**

El contacto vivo y continuo con tantos pecadores era una experiencia que enriquecía su misión de interceder y reparar.

Estando todavía joven el P. Pío, un religioso entró en su celda para hablar con él. El padre estaba en profundo recogimiento, hablando con el Señor, y no se dio cuenta de que el religioso había entrado. Este, sorprendido por la oración que el P. Pío estaba haciendo, empezó a transcribir aquella plegaria:

"¡Oh Jesús, te encomiendo a aquella persona, conviértela, sálvala! No sólo conviértela, ¡sino sálvala! Si se tratara de castigar a los hombres, castígame a mí... prefiero. ¡Oh Jesús, conviértela a aquel hombre! Tú lo puedes... sí, eres poderoso. Me ofrezco a ti, Señor, todo por él... Jesús, ¿es fea aquella persona?.. Abuso de tu bondad... eres Padre... la gracia se la debes conceder tú... Aquel será malo, pero tú puedes cambiarlo... te voy a cansar hasta lograrlo. -Quiero que sepas, Jesús, que si no lo conviertes, ¡te voy llamar "malo"! ¿Cómo?.. ¿Por tantos y tantos no te mides en dar tu sangre?.. La gracia se la debes hacer tú... asta que no sepa que ya se la concediste, no me cansaré de pedírtela. Jesús mío, no me digas que no. Recuerda que por todos derramaste tu sangre... y ¿qué tiene que ver si aquél es duro? Jesús, otra gracia... A los sacerdotes los debes ayudar, especialmente en nuestros días,... son espectáculo y blanco de todos... Mientras se trata de mi, haz lo que quieras, de los de ellas no...

De estas expresiones que no son completas, porque faltan las respuestas de Jesús, podemos darnos una idea de con qué espíritu infantil oraba el P. Pío, y cuánta fe había en sus oraciones. Ardiendo de sed para salvar a las almas, el 20 de febrero de 1921, el P. Pío escribió a su superior: "¡Pobre de mi! No logro descansar. Vivo sumergido en la extrema amargura, en la desolación más deprimente por no ganar todos los hermanos al Señor. Siento el vértigo de vivir por los hermanos... todo se reduce a esto: estoy consumiéndome por el amor a Dios y por el amor al prójimo... ¡Cuántas veces, por no decir siempre, me toca repetir: Señor, perdona a este pueblo, o bórrame del libro de la vida!" Se puede decir

que el P. Pío vivió para salvar a los pecadores. Sentía un gran amor por ellos, hasta el punto de pedir al Señor sus sufrimientos, que muchas veces el Señor le concedía.

Un día le presentaron al P. Pío a un hombre muy enfermo. Viéndolo tan afligido, lo bendijo, lo exhortó a orar y le aseguró sus oraciones. Luego, dirigiendo los ojos al cielo, murmuró esta oración: "Cuántos males... cuántos sufrimientos, Señor, pásame los sufrimientos de este pobre hombre".

El hombre bien pronto se recuperó, y el P. Pío pasó algunos días enfermo.

Se narran muchos episodios de este tipo. Aquí presentamos el siguiente: En 1959 tuvo inicio la "peregrinación Mariana" con la estatua de la Virgen de Fátima. El P. Pío pidió al Señor mayores sufrimientos.

24 de abril de ese año el P. Pío se sintió muy mal y tuvo que guardar cama durante tres meses. En ese mismo día, la estatua de la Virgen de Fátima tocaba suelo italiano.

La enfermedad tuvo preocupados a varios médicos. El P. Pío no podía ni celebrar Misa. Todos los días le llevaban la Comunión.

Después de tres meses de enfermedad, cuando la Virgen de Fátima llegó a San Giovanni Rotondo, el P. Pío se levantó para honrar la estatua de la Virgen. Agotado y con lágrimas en los ojos, pidió a la Madre celestial que le aliviara sus dolores. Inmediatamente quedó sano.

### **MAESTRO DE ORACION**

Al experimentar la importancia de la oración, el P. Pío sentía fuertemente la necesidad de enseñar a sus hijos espirituales a encontrar en la oración la luz y la respuesta a todas las interrogantes de la vida. El enseñaba que la oración es indispensable y sin ella no puede uno vivir como cristiano.

El P. Pío acostumbraba repetir: "Cuando uno no tiene confianza, navega en un mar de dudas, de congoja, de dolor, entonces, más que nunca, se debe recurrir al Señor con la oración y encontrar en ella sostén y ánimo".

En todas partes los hijos espirituales del P. Pío repetían el mismo estribillo. El P. Pío nos ha enseñado a amar, a sufrir a ser buenos y a saborear el gusto por la oración".

El decía: "La oración es la mejor arma que tenemos: es la llave que abre el corazón de Dios".

Cerca del P. Pío, se sentía la necesidad de orar, de abrir el corazón al Señor, de hablarle con confianza. Miles y miles de personas, de toda edad y condición iban a San Giovanni Rotondo para gustar la dulzura y la fuerza de la oración. Cerca de él se aprendía a orar.

### **El ejemplo de dos ciegos**

Todavía ahora viven allá en San Giovanni Rotondo dos ciegos, hijos espirituales del P. Pío. Los dos son ejemplos de bondad, piedad y de oración.

Uno se llama Pietruccio Cugino, conocido por mide personas, habiendo crecido cerca del P. Pío.

El otro se llama Vincenzo Mercurio, nacido en la ciudad de Benevento y luego establecido en San Giovanni Rotondo. Este es un intelectual, convertido y formado por el P. Pío. Pietruccio vivió cerca del P. Pío desde niño, cuando todavía tenía la vista. En un diálogo que tuvo con el P. Pío y que nos transcribe el P. Alberto D' Apolito, biógrafo del P. Pío, conocemos su manera de concebir la oración.

Acompañado por un terciario franciscano, Pietruccio fue a visitar al P. Pío. Al llegar, el padre le dirigió palabra, animándole: "Dichoso tú, Pietruccio, que no ves el fango y la podredumbre de este mundo. Tú tienes menos ocasiones de ofender al Señor.

Dime la verdad: ¿Has deseado alguna vez volver a tener la vista?"

No lo he pensado nunca.

¿No te gustaría tenerla?

No sé qué contestar...

¡Cómo no sabes!

¿Quieres o no quieres volver a ver?

Padre, lo tengo que pensar.

Si lo quieres, rezamos a la Virgen, que es tan buena y poderosa sobre el corazón de su hijo Jesús...

Padre, yo nací con la vista. A la edad de doce años el Señor me la quitó. Si el Señor me ha quitado la vista habrá tenido sus motivos. Ahora, ¿para qué orar en contra de la voluntad de Dios? ¿Por qué pedir lo que antes me dio y luego me quitó?

¿Quieres o no quieres la vista?

-Padre, el Señor sabe lo que hace. Yo quiero hacer siempre la voluntad de Dios. Si el Señor quisiera devolverme la vista, y ésta fuera ocasión de pecado, yo renunciaría a ella.

Al escuchar esto, el P. Pío se sintió lleno de alegría. Lo bendijo y lo abrazó.

Pietruccio se manifestó un digno alumno de tan grande maestro.

El Profesor Vincenzo Mercurio nació ciego. De extraordinaria inteligencia, siendo muy joven, se doctoró en filosofía y letras en 1941. Pronto obtuvo una cátedra y se profesaba ateo. Sus parientes insistían con él para que fuera a pedir al P. Pío el milagro de la vista. Siempre rechazó la invitación.

Un día estas personas fueron a ver al P. Pío, exponiéndole el caso y pidiendo que orara por él.

El Padre contestó: "¿Qué quieren? Si no cree es inútil insistir para que venga. Oren... oremos mejor dicho: hagamos una competencia a ver quién ora más por su conversión".

Las oraciones dieron la respuesta deseada. En 1945, el Profesor Mercurio, por contentar a los familiares, superando su indisposición, decidió ir a ver al P. Pío, que lo recibió abrazándole como a un hermano. Luego le dijo: ¿como esta? No me ve muy bien ¿Desde cuándo no se confiesa?

El profesor, sorprendido de la dulzura del P. Pío, quien le hablaba de "usted", considerándole persona importante, contestó: "Padre, no veo nada. Nací ciego... mas no he venido por este motivo..."

El P. Pío, cambiando de tono, le dijo: "Yo sé por qué has venido... te ayudaré... Prepárate. Nos veremos mañana en la noche".

Vicenzo, al ver que le habló, tuteándole paternalmente, sintió gran satisfacción y alegría.

Al día siguiente experimentó la más grande alegría de su vida, al sentirse limpio ante Dios mediante la confesión.

Cinco años después, el profesor ciego ganó en un concurso, la cátedra en la normal de San Giovanni Rotondo, a donde fue a vivir para estar cerca del P. Pío.

Al cabo de algunos años, por consejo del P. Pío, Vicenzo contrajo matrimonio, que el mismo P. Pío bendijo en diciembre de 1959.

De este matrimonio nacieron cinco hijos. Pero luego se enfermó la señora, y, después de algunos años de sufrimientos, murió.

Un día, un padre franciscano se acercó a Vincenzo para consolarlo y le dijo: "Supe que la señora va agravándose. Hay que rezar con insistencia. Hay que arrebatarse la gracia de la salud del corazón de Jesús, mediante la intercesión del P. Pío.

Su vida es necesaria para ti, para los niños y para la casa".

Vincenzo, reprimiendo su dolor, contestó: "Padre, día y noche pido que se cumpla la voluntad de Dios en mi familia. El sabe lo que hace si quiere a mi querida esposa como víctima, que se la lleve para mayor glorificación de su nombre".

- Vincenzo, contestó el religioso, tu oración es buena, es la oración de un hombre de Dios. Pero el Señor quiere que se pida para obtener una gracia. En el Evangelio encontramos una invitación a pedir con insistencia. Jesús lo repitió muchas veces: 'Pidan y obtendrán y busquen y encontrarán toquen y se les abrirá. Cuanto pidan a mi Padre en mi nombre, El se lo concederá. Todo lo que pidan con fe, se les dará'.

El Evangelio está lleno de tales invitaciones, que hay que acatar para pedir por la salud de tu esposa.

A esta insistencia del padre, Vincenzo contestó: "Las palabras del Evangelio van dirigidas a las almas superficiales, a las almas recién convertidas, titubeantes ante las pruebas, Jesús, para ayudarlas, las invita a pedir, a tocar, a orar para obtener el beneficio. Las almas ya conformadas a las enseñanzas de Cristo, no necesitan pedir. Ellas saben estar totalmente en las manos del Señor, y no desean nada que no esté conforme a la voluntad de Dios".

A esto el religioso contestó: "Lo que tú dices es verdad. Pero, no obstante que el Señor está en nosotros, quiere que pidamos lo que deseamos".

Una vez más, Vincenzo presentó decididamente lo que había aprendido y vivido: "Yo siempre he orado de esta manera: Señor, si quieres la víctima en mi familia, tómate a mí, que soy un pobre ciego; deja a mi esposa, que mi hijos necesitan. Si el Señor no me escucha, ¿qué puedo yo hacer? No me rebelo a su voluntad, al contrario, le pido que se cumpla plenamente en mi familia para su mayor gloria".

La mujer murió santamente. Vincenzo, acompañado por sus hijitos, la mayor tenía doce años, iba tras el féretro con el rosario en mano. Se le acercó el mismo padre, para darle el pésame: "Vincenzo, no se qué decirte..." El contestó: "Padre, démosle gracias al Señor. Su santísimo nombre ha sido glorificado en mi familia. ¡Que se haga siempre su divina voluntad!"

He aquí el testimonio sublime de dos ciegos que aprendieron del P. Pío cómo orar.

## **LEÍA LAS CONCIENCIAS**

Uno de los dones del P. Pío que más impresionaba a la gente era el de que leía las conciencias.

Un día un ciego se hizo acompañar para pedir al P. Pío que le diera la vista. Llegado a su presencia, antes de que él manifestara su petición, el P. Pío le gritó: "¡Vete, mugroso!"

Humillado y lleno de coraje, el pobre ciego se alejó. Regresó a su tierra echando veneno en contra del P. Pío.

Un día llegó a la parroquia, donde vivía ese ciego, un padre franciscano de San Giovanni Rotondo para predicar durante la cuaresma. El ciego fue a ver a este sacerdote para desahogar su rencor contra el P. Pío. Y empezó así el diálogo:

- Padre, ¿usted cree que el P. Pío es un santo? - No. Para ser santo, debe primero morir, y luego de un riguroso proceso, ser canonizado por la Iglesia.

- Yo también creo que no es santo. Padre, yo fui un día a San Giovanni Rotondo para confesarme. Estaba acercándome al confesionario, cuando el P. Pío, viéndome, gritó: "¡Mugroso, vete!" Yo, humillado y airado, me alejé renegando. Si fuera un santo no acogería así a los pecadores.

- Realmente, el P. Pío fue muy severo contigo. Yo creo que habrá tenido alguna razón para tratarte así. - ¡Ninguna, Padre!

Entonces el franciscano empezó a interrogarlo para saber su vida. Resultó que vivía en estado de concubinato con la sirvienta. Entonces dijo al ciego:

- Ese fue el motivo del rechazo del P. Pío. El sintió el olor apestoso de tus pecados y te quiso humillar para que te arrepintieras.

El ciego quedó callado. Luego de algunos días regreso con el Padre franciscano para decirle que quería arreglar su situación casándose con la sirvienta.

### **No te conozco**

Pocos años antes de la muerte del P. Pío, llegó a San Giovanni Rotondo, proveniente de Estados Unidos, un insigne bienhechor de las obras de caridad de los franciscanos.

Cuando estuvo frente al P. Pío, éste lo rechazó bruscamente y no quiso que le besara la mano. Aquel insistió en presentarse como el bienhechor de sus obras de caridad. Pero el P. Pío lo calló, diciendo: "¡Vete, vete! ¡No te conozco!"

Aquél hombre se retiró, convencido de que el P. Pío no lo había reconocido. Por lo tanto fue a buscar a otro padre franciscano, que conocía sus méritos, para que lo acompañara y presentara al P. Pío.

Lo esperaron en el pasillo, donde estaba su celda, cuando el P. Pío salió y vio a los dos, le reprendió severamente: 'Fuiste a buscar al abogado. "¡Váyanse los dos!"

Se retiraron completamente derrotados. El pobre visitante ignoraba el por qué de ese trato. El padre que lo acompañaba sospechó el motivo, y le aconsejó que aprovechara de su visita a Asís para hacer una buena confesión, y antes de regresar a América se diera una vuelta a San Giovanni Rotondo.

Así hizo. A su regreso el mismo padre lo acompañó otra vez con el P. Pío, que lo acogió con ternura y hasta le dio un abrazo. Luego le dijo: "Ahora que vuelvas a EE.UU., pórtate como un buen cristiano. ¿Entendido?"

Un año después escribió una carta al Padre que lo había acompañado, para que viera si el P. Pío podría volverlo a recibir.

La respuesta fue un 'No' tajante.

A los pocos meses, llegó a San Giovanni Rotondo la hija de aquel Señor, la cual confió al mismo franciscano, con quien toda la familia estaba conectada, que su padre había vuelto a relacionarse con una amante.

El P. Pío conocía la historia de aquel pobre hombre y rezaba por él. Al cabo de algunos meses, aquel señor volvió a escribir, diciendo que ya había dejado el pecado para entregarse definitivamente al Señor. El P. Pío hizo que le respondieran que ya podía volver a verlo.

### **Un dominico disfrazado**

Un día estaba el P. Pío confesando en la sacristía y no cesaba de levantar los ojos, fijándose en un señor que estaba en medio del grupo de hombres que esperaba el turno para confesarse. Viéndose blanco de la mirada del P. Pío le hizo señas para que se acercara.

Sorprendido, no se decidía a dar un paso adelante. Los vecinos lo ayudaron con un empujoncito:

- Padre, le dice en voz baja el P. Pío, si no se pone la sotana no lo confesaré.
- Yo sé lo que debo hacer, le contestó el otro.

Luego se fue, desapareciendo de la vista de los demás.

Era un dominico que, secretamente, había ido para darse cuenta de lo que se contaba del P. Pío.

### **Un obispo vuelve atrás**

La fama del P. Pío causaba admiración o adversidad en el público.

Una vez un obispo dijo al Papa Benedicto XV que lo del P. Pío era todo un engaño, y que por lo tanto, era necesario poner remedio.

El Papa le contestó que ciertamente estaba mal informado. Sería conveniente que él personalmente fuera a verlo. Los deseos del Papa son órdenes. Aquel obispo tomó el tren y fue a San Giovanni Rotondo, sin decirlo a nadie. En la estación de Foggia, al bajar del tren, dos franciscanos fueron a su encuentro, lo saludaron humildemente y le dijeron:

- Excelencia, el P. Pío nos envió para acompañarle a San Giovanni Rotondo.
- Pero, si el P. Pío no sabe nada de mi viaje, dijo el obispo sorprendido.
- Seguramente habrá sido informado, porque nos dijo que a usted lo mandaba el Papa.

Hubo un momento de silencio. Luego, pidiendo permiso, fue a la ventanilla de boletos para preguntar: ¿Cuándo parte el próximo tren que va a Roma?

Después que adquirió el boleto, dijo a los franciscanos: "Me he acordado de un asunto importante, que debo atender en Roma. Tengo que volver en seguida".

### **Todo va bien**

Una señora de San Giovanni Rotondo, teniendo al esposo gravemente enfermo, corre al convento de los franciscanos. El P. Pío está celebrando Misa. Entra en la iglesia, va hacia el altar del Santísimo, pasa al de la Virgen, se detiene ante el altar de la celebración... quisiera comunicarle al P. Pío su problema, pero no sabe cómo hacer.

Después de la Misa, logra acercarse a él. Pero antes de que abra la boca, el padre le dice:

- Mujer de poca fe, ¿cuándo dejarás de romperme la cabeza? ¿Crees que soy sordo? Me lo has dicho cinco veces, a la derecha, a la izquierda, adelante y atrás. He entendido, he entendido.

Luego, iluminando su rostro con una sonrisa, le dice: "Vete pronto a tu casa. Todo va bien"

Efectivamente, su marido se había aliviado.

### **El Nuncio Apostólico consulta al P. Pío**

El Cardenal Egidio Vagnozi así narró su primer encuentro con el P. Pío:

- Siendo Nuncio Apostólico en Filipinas, me encontré en una situación muy delicada. De regreso en Roma, hablé del problema al Papa Pío XII, el cual me dijo: Vaya a ver al P. Pío. El Consejo me pareció raro. ¿Qué podía decirme el P. Pío, un fraile que está siempre encerrado en el convento, sin ningún contacto con el mundo y con la diplomacia?

Fui a San Giovanni Rotondo, expuse el caso al P. Pío, quien me escuchó con atención y bondad. Luego me dijo:

- Excelencia, ¿no es usted el Nuncio Apostólico en las Filipinas?

- Exactamente.
- ¿Quién lo ha enviado a las Filipinas?
- El Santo Padre, el Papa.
- ¿Quién es el Papa?
- El Vicario de Cristo.
- Si es el Vicario de Cristo, es Cristo quien lo ha enviado a las Filipinas.

Usted es el representante, no sólo el Papa, sino de Cristo. Si Cristo estuviera andando en las Filipinas y notara los abusos e inconvenientes, que usted está viendo, ¿qué haría? Haga también usted lo que Nuestro Señor haría.

Regresando a Roma, referí al Papa las palabras del P. Pío. El Papa me dijo que actuara conforme al consejo recibido.

Volví a las Filipinas y actué de acuerdo con lo que me había dicho el P. Pío. Todo salió bien.

### **YO TE ACOMPAÑARE**

Una noche al ingeniero Tondi se le había hecho tarde, y llovía abundantemente.

Sintió que no le era posible salir. Le dijo al P. Pío: ¿Me permitiría quedarme aquí esta noche? ¡No tengo ni siquiera paraguas! "No hijo mío, no es posible. Pero no tengas miedo. Yo te acompañaré". Contestó el P. Pío.

Al Ing. Tondi no le quedó otro remedio que hacerse el ánimo y lanzarse en la oscuridad de la noche tormentosa, como quien se tira en una alberca de agua fría, para recorrer los dos kilómetros que separan al convento de la población.

Pero, grande fue su sorpresa al darse cuenta de que allá afuera apenas lloviznaba. Cuando llegó con la familia que le tenía rentado un cuarto, la dueña de la casa le abrió la puerta, exclamando:

- ¡Dios mío, estará empapado hasta los huesos!
- Para nada, contestó el ingeniero, casi no llueve nada.
- ¿Cómo? - replicaron asombrados los señores de la casa. - ¡Está cayendo un verdadero diluvio! ¡Mire! Salieron todos y comprobaron que en realidad eran aguas torrenciales las que venían del cielo.
- ¡Desde hace una hora que está cayendo esta agua! ¿Cómo ha podido llegar tan seco, sin mojarse siquiera un poco?

-El P. Pío me dijo que me iba a acompañar.

- Ahora entiendo, dijo la señora. La compañía del P. Pío vale más que mil paraguas.

### **BONDADOSO CON LOS PECADORES**

Para con los curiosos, los hipócritas y los mentirosos, el P. Pío era severo, muy severo. No así para con los pecadores arrepentidos.

Un día llegó a San Giovanni Rotondo la riquísima señora Luisa Vairo movida por pura curiosidad y un poco para desafiar la opinión pública.

Al llegar a la Iglesia, donde confesaba el P. Pío, sintió una grandísima angustia por sus pecados, que estalló en llanto, sin preocuparse de los presentes. Nadie pudo consolarla. Se la avisó al P. Pío, quien se le acercó, diciéndole:

- Tranquilícese, hija. La misericordia de Dios no tiene límites y la sangre de Jesús lava todos los pecados del mundo.

- Quiero confesarme, Padre.

- Dijo la señora desconocida que una hora antes se hubiera burlado de una tal propuesta.

- Primero cálmese, le contestó el Padre; vuelva mañana.

La señora pasó toda la noche trayendo a la mente todos los pecados de su vida. ¡No se confesaba desde su infancia!

Al día siguiente, delante del Padre Pío, no pudo decir una sola palabra. Sentía un nudo en la garganta que e impedía confesarse.

Viéndole así, el P. Pío le presentó la lista de todos sus pecados, a los cuales contestaba simplemente con un 'sí'.

Cuando pareció terminar, el Padre le preguntó: - ¿No te acuerdas más?

La señora se sintió profundamente turbada, y calló. El Padre Pío la miró y esperó la respuesta. Finalmente contestó:

- Me acuso también de esto... y confesó el más grande de sus pecados. - ¡Bendito sea Dios! -exclamó alegremente el P. Pío

¡Era esto lo que yo esperaba!

Una vez convertida, la señora Vairo siguió el ejemplo de los grandes penitentes.

Una mañana de invierno, ella decidió ir a la iglesia descalza. Hacía mucho frío y estaba lloviendo. El camino era lodoso y con abundante grava que cortaba los pies.

Empapada de la lluvia y con los pies ensangrentados, llegó a la puerta de la iglesia y en vez de entrar, se desmayó.

Al despertar vio al P. Pío que le dijo: “hija mía, también en la santa penitencia es necesario no pasarse”.

Luego, tocándola suavemente en la espalda, le dijo: "Afortunadamente esta agua no moja..."

Grande fue la sorpresa de todos los presentes al ver que de pronto, los vestidos de la señora quedaron secos.

## INDICE

### PRESENTACION

Muere un Santo	7
El demonio lo asusta	9
El don de Bilocación	10
Encuentro en la Basílica de San Pedro	12
Ordenación Sacerdotal	15
Misteriosa enfermedad	17
Obedece como un niño	18
Los estigmas	19
Sufrimientos y consolaciones	21
Con el uniforme de militar	23
Declarado desertor	25
Los estigmas se hacen visibles	29
El Alma del P. Pío	31
La Celebración Eucarística	33
En el Confesionario	37
Detalles que convierten	44
Un monarca humillado	48
La conversión de un anticlerical	49
Sabe el futuro	52
Curaciones extraordinarias	54

Valor del sufrimiento	57
La Oración	65
Maestro de Oración	71
Leía las conciencias	77
Yo te acompañaré	83
Bondadoso con los pecadores	84